

SOBRE LA ACTUALIDAD DE WALTER BENJAMIN

JOSÉ MANUEL ROMERO CUEVAS*

josemanuelrom@gmail.com

Fecha de recepción: 18 de octubre de 2010

Fecha de aceptación definitiva: 28 de octubre de 2010

La edición en marcha de la traducción al castellano de los *Schriften* de Benjamin, publicados originariamente en alemán por la editorial Suhrkamp, indica la ambigüedad y quizá el peligro al que se enfrenta la recepción actual de este pensador en el mundo hispanohablante. El hecho de que una editorial española de prestigio se haya lanzado a publicar, en un bello y caro formato, la edición completa de los escritos de Benjamin (aunque dejando fuera lamentablemente el útil aparato crítico de la edición alemana) es señal de una importante demanda potencial de lectores y de un interés creciente por las obras del autor berlinés. Pero por otro lado, tal formato de edición, que parece presentar a la vez un texto eminente, un bien cultural elevado y una mercancía valiosa, tiende a ofrecer la obra de Benjamin de un modo ya predefinido: como un auténtico clásico consagrado de las letras europeas. Esta recepción como clásico, como texto inagotable para cualquier lector en cualquier situación, como texto que permite una lectura inmanente atenta a su forma lograda, abstrayéndolo de las condiciones concretas en que fue elaborado y a las que respondió, es seguramente algo que Benjamin, sobre todo en su último periodo, habría querido evitar a toda costa. Él era más bien inmune a esta forma de posteridad y reclamó para sus textos abiertamente el estatuto de *intervenciones*: como aportaciones a la reflexión, como instrumentos para la formación, como materiales para la discusión de aquellos individuos y colectivos de los grupos oprimidos comprometidos en una transformación social profunda en una dirección emancipadora.

Es esta pretensión y alcance *políticos* de los textos de Benjamin lo que desde mi punto de vista mantiene viva su actualidad para nosotros, en un contexto como el nuestro en el que se agudiza la agresión social y política sistemática por parte de gobiernos, grupos de poder y organismos económicos internacionales a aquellos sectores sociales que sólo disponen para vivir de su fuerza de trabajo. Voy a tratar

*Universidad de Alcalá.

esta actualidad de Benjamin para nosotros tocando tres temas de su producción teórica que considero de especial relevancia:

1) En el *Libro de los Pasajes* y en determinados artículos de los años 20 y 30 del siglo pasado, Benjamin puso las bases para un modelo novedoso de *hermenéutica política* del mundo cultural circundante de las sociedades capitalistas desarrolladas, en las que el colectivo social convive en su vida cotidiana con edificaciones y productos industriales del pasado reciente. Esta simultaneidad de lo no simultáneo funda un trabajo de interpretación de las producciones culturales del pasado próximo que trasciende la distinción entre alta y baja cultura, entre arte culto y las formas de diseño y arquitectura ligadas al desarrollo de la producción industrial. Esta interpretación pretendía descifrar en tal mundo de objetos, sobre todo industriales, las expectativas de un mundo mejor del colectivo del pasado (expectativas alentadas por los avances tecnológicos aplicados en la producción industrial), plasmadas y conservadas en tales objetos, pensaba Benjamin, como imágenes oníricas. Así mismo, pretendía explicitar en la manera en que se nos presentan tales objetos el modo en que esas expectativas y anhelos se han transmitido a nuestro presente, a saber, como fósiles y ruinas de un mundo de sueños aniquilado por la perpetuación y reiteración de las mismas relaciones sociales de producción. Esta interpretación de los productos culturales, industriales y arquitectónicos (que, desde mi punto de vista, constituye el punto de partida para un modelo de hermenéutica dialéctica de la producción cultural en el capitalismo, que resulta hoy explicitable en el trabajo teórico de autores como S. Buck-Morss, F. Jameson y quizá S. Žižek) actualiza en el caso de Benjamin dos temáticas centrales de su pensamiento que siguen dando que pensar: su cuestionamiento de la visión moderna de la historia como *progreso* y su otorgación de centralidad moral y política a la problemática de la *memoria* del sufrimiento y de los anhelos de justicia de los oprimidos del pasado.

2) La crítica de Benjamin a la filosofía moderna de la historia y en concreto a su categoría de progreso constituye uno de los temas que mayor recepción ha recibido en nuestro marco lingüístico-cultural iberoamericano. Pero lo que de esta temática tiene actualidad desde mi perspectiva no es algo así como una crítica de la categoría de progreso *en cuanto tal*. No creo que en Benjamin quepa encontrar una tal crítica abstracta del progreso, que lo colocaría en la cercanía de las posiciones proclamadas como postmodernas o simplemente antimodernas. Lo que cuestiona es la idea de progreso entendido como proceso, presuntamente impulsado por una di-

námica propia, no dependiente de la voluntad consciente de los sujetos, de mejoramiento en marcha de todas las dimensiones de lo humano, no sólo del conocimiento científico, de la técnica y de la industria, sino también del plano moral y en definitiva de la humanidad misma en cuanto tal. Tal representación del progreso como la lógica en marcha, como el decurso natural, inherente sobre todo a la sociedad moderna, según la cual estamos embarcados en un proceso de mejora constante e incesante de la propia humanidad, piensa Benjamin que hace un daño profundo a los esfuerzos por confrontarse críticamente con el presente y por impulsar una praxis transformadora en profundidad. La idea moderna de progreso nos instala en una experiencia de la historia como continuidad en marcha hacia lo mejor. Define la praxis política adecuada como una praxis progresista, es decir, que empuja a favor de la corriente histórica que avanza de modo autónomo, impulsada por la dinámica de crecimiento y mejora en todos los ámbitos de la vida inherente a la sociedad burguesa. Para una actitud tal es difícil hacerse cargo en su significado pleno de (y confrontarse con) las estrategias sociales y políticas que, en nombre del desarrollo y de la productividad, de la modernización y del progreso, quieren reinstaurar relaciones de explotación y precarización agudizadas, políticas de persecución de minorías consideradas improductivas o socialmente problemáticas y formas de agresión más lacerantes contra la autonomía material y moral de los individuos y colectivos. Por ello, piensa Benjamin, hay que deconstruir la categoría burguesa de progreso para poder abrirnos paso así a la problemática del propio presente, a la necesidad de interrumpir el continuo temporal que consagra y acrecienta la dominación de los de siempre y de instaurar las condiciones del auténtico progreso: la mejora de las condiciones universales de vida efectuada conscientemente por el colectivo social. Como sabemos, lo característico en esta crítica de Benjamin del progreso burgués y en su reconceptualización del concepto de progreso es la otorgación de una fuerza motivacional inervadora de la praxis política a la *memoria* de los sufrimientos y los sueños traicionados de los oprimidos del pasado.

3) En la problemática de la memoria es donde parece plasmarse de manera más indiscutible la actualidad de Benjamin, pues tal problemática ha llegado a convertirse en un asunto a la orden del día (incluyendo un palpable componente de moda) tanto en el ámbito académico-intelectual como en la esfera de la discusión pública y de la política institucional. Una vez más resultaría necesario afinar aquí

en qué reside exactamente la actualidad de Benjamin, pues el autor judeo-alemán no fue alguien que reclamó sin más el valor de la memoria o un deber moral general de recordar. Me parece que desde la perspectiva de Benjamin la memoria como tal no tiene en sí un contenido moral intrínseco, su valor dependería más bien de *qué* se recuerda, *quién* recuerda y qué implicaciones tiene el acto de recordar para el comportamiento actual de los sujetos en su realidad vital. Serían tales componentes los que permitirían explicitar en cada caso su específico carácter moral. Y es que no todo acto de recuerdo es moral. El asunto que se recuerda y quién recuerda es central para la cualificación moral de un recuerdo: nos podemos imaginar formas de memoria que conmemoran a determinados vencidos (y sólo hay que pensar en el nacionalsocialismo, pero no sólo en ello) que carecen de todo componente moral y que, al contrario, ahondan en un estado de culpabilidad moral respecto a las víctimas de los perpetradores a los que conmemoran. Pero no sólo el tema y el sujeto del recuerdo bastan para cualificar moralmente una memoria. Una víctima o un descendiente de una víctima de injusticias y crímenes pasados puede efectuar un recuerdo de tal sufrimiento *sin* que tal recuerdo tenga efectos morales en su comportamiento en el presente, e incluso puede darse el caso (hay ejemplos muy dolientes de ello en la actualidad) de que tal recuerdo llegue a servir de justificación para un comportamiento inmoral y realmente criminal no con los que cometieron tales crímenes en el pasado sino con otros que nada tuvieron que ver en ello pero con los que se mantiene conflictos en el presente. En este caso la memoria justa de la injusticia sufrida por parte de las víctimas y sus descendientes es instrumentalizada como auténtica coartada para justificar un comportamiento inmoral e injusto respecto a otros individuos y colectivos en el presente (lo cual es, patentemente, la inversión de una memoria moral y el peor agravio que pueden recibir las víctimas del pasado después de fallecidas). Es decir, si realmente el estatuto de víctima confiere una determinada cualificación moral, ésta se pone en juego en el modo en que las víctimas hacen efectiva, en su comportamiento moral y político en el presente, su memoria de la injusticia y del mal recibidos. Esto nos conduce a una tesis central de Benjamin: la idea de que la memoria moral es aquella que se convierte en fuerza motivacional para un comportamiento activo intolerante con las injusticias presentes en todas sus formas. Y este es el punto que define la especificidad de la concepción de la memoria de Benjamin: la cuestión para él no era tanto conmemorar mediante ceremonias y actos simbólicos a las víctimas del pasado, sino que

el recuerdo de tales sufrimientos y expectativas traicionadas sirviera de impulso motivacional para los comprometidos en una oposición a las injusticias existentes. De ahí que la redención de la que hablaba Benjamin no tuviera lugar en una dimensión espiritual-religiosa, sino en el plano bien empírico de la praxis política, en la que el esfuerzo por implantar relaciones sociales liberadas de explotación y dominación puede llegar a injertarse en la trama de las luchas pasadas y llevar a su cumplimiento el anhelo de emancipación de los que lucharon en el pasado y fueron aplastados por los dominadores de entonces. Para Benjamin la única redención pensable se efectúa en esa praxis revolucionaria en la que quedan ensamblados los anhelos incumplidos del pasado con los anhelos vivos de los oprimidos del presente.

Realmente puede resultar poco actual hablar a estas alturas de revolución, pero a decir verdad cuando Benjamin escribió sobre este tema en 1940 tampoco corrían buenos tiempos para la misma. En todo caso, creo que cabe una lectura de las ideas de Benjamin convincente para nuestra situación: una lectura que conciba los actos políticos concretos y en cada caso limitados de oposición, reivindicación, construcción y resistencia de los de abajo como pudiendo encontrar una base motivacional en su vinculación reflexiva con la tradición discontinua, y marcada por la derrota, de las luchas por la emancipación realizadas en el pasado. Aquí se abre efectivamente una tarea completamente actual para nuestros tiempos no revolucionarios y ni siquiera rebeldes: la tarea de continuar y alimentar reflexivamente, mediante nuestra labor política, cultural e intelectual, las diversas tradiciones constituidas por los esfuerzos acaecidos históricamente en favor de la emancipación.